



IGLESIA
BÍBLICA DE
LA CIUDAD

20.05.2024 Fecha

Confesión

CONTENIDO DE LA CONFESIÓN DE FE

CONTENIDO DE LA CONFESIÓN DE FE.....	2
ACERCA DE ESTA CONFESIÓN DE FE.....	4
1. LAS ESCRITURAS.....	5
Dios y la revelación.....	5
El origen de la Escritura	5
Los atributos de la Escritura	6
La recepción de la Escritura	6
2. EL DIOS TRINO	7
La naturaleza de Dios.....	7
La Santa Trinidad.....	7
Las relaciones y acciones de la Trinidad.....	8
3. LOS PROPÓSITOS SOBERANOS DE DIOS.....	8
Dios ordena todas las cosas para su gloria.....	8
La gracia de Dios en la elección.....	9
4. LA CREACIÓN, LA PROVIDENCIA Y EL HOMBRE	10
Dios crea y gobierna todas las cosas.....	10
La creación del hombre a imagen de Dios.....	10
El hombre como varón y hembra.....	11
Matrimonio, sexualidad y soltería	11
5. EL PECADO DEL HOMBRE Y SUS EFECTOS.....	12
El origen del pecado	12
Los efectos del pecado	12
6. LA PERSONA DE JESUCRISTO	13
La encarnación y las dos naturalezas.....	13
Vida y ministerio terrenal.....	13
Muerte, resurrección y reinado	14
7. LA OBRA SALVADORA DE JESUCRISTO	14
La humillación de Cristo en su obra salvadora.....	14
La eficacia de la obra salvadora de Cristo	15
La exaltación de Cristo en su obra salvadora.....	15
8. LA PERSONA Y LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO	16
La persona del Espíritu Santo	16

La obra del Espíritu previa a la venida de Cristo	16
La obra del Espíritu en Cristo y el nuevo pacto.....	16
9. EL EVANGELIO Y LA APLICACIÓN DE LA SALVACIÓN POR EL ESPÍRITU SANTO	17
El evangelio.....	17
Llamamiento eficaz, regeneración y conversión	17
Justificación y adopción	18
Santificación, perseverancia y glorificación	18
10. LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO EN LA IGLESIA	19
La llenura del Espíritu.....	19
Los dones del Espíritu.....	19
11. VIDA EN CRISTO.....	20
Crecer en Cristo.....	20
Esperar a Cristo.....	20
12. LA IGLESIA DE CRISTO	21
La iglesia universal.....	21
La iglesia local	21
Los sacramentos de la iglesia	22
El propósito y la misión de la iglesia.....	23
13. LAS ÚLTIMAS COSAS	23
La muerte y el estado intermedio.....	23
El regreso de Cristo y la resurrección	24
El juicio y la consumación	24
14. AFIRMACIONES FINALES	25

ACERCA DE ESTA CONFESIÓN DE FE

Iglesia Bíblica de la Ciudad nació en noviembre del año 2018. El primer domingo de ese mes, algunos hermanos, habiendo padecido en sus respectivas iglesias locales y luego de varias reuniones y capacitaciones al respecto, decidieron comenzar a reunirse.

Esta iglesia fue el producto de una plantación de Iglesia Bíblica Soberana Gracia de la ciudad de Santa Marta. Y el proceso inició con reuniones en patios de casa, hoteles y demás, de manera exploratoria hasta que en el mes de marzo del año 2019 fue lanzada a la ciudad públicamente la plantación.

En el mes de octubre de 2020 fue establecida la membresía de la iglesia y dos meses después fueron ordenados sus dos primeros pastores. En este momento, la iglesia se adhirió a la confesión de fe de New Hampshire de 1833 y a Mensajes y Fe bautistas del 2000, pues entendían que este compendio doctrinal sistemático representaba apropiadamente las convicciones de la iglesia.

Sin embargo, después de haber transcurrido el tiempo, la iglesia ha madurado, ha comprendido mejor su contexto local y así mismo los pastores han sido formados con mayor profundidad sobre asuntos teológicos y eclesiales que, con la dirección del Señor, han llevado a construir una confesión de fe que, basada en la fe histórica de la iglesia pero considerando nuestro contexto actual, pueda reflejar de una manera más sólida, profunda, pero a la vez con claridad y fundamentada en la Escritura, en qué creemos como iglesia.

En la actualidad, la iglesia en general, pero en especial en nuestro contexto local, enfrenta luchas diferentes a las que presentaba la iglesia en el momento en que fueron construidas las confesiones de fe históricas que conocemos, e incluso aquellas a la que Iglesia Bíblica de la Ciudad estaba adherida. Asuntos como el secularismo, la ideología de género, la distorsión de los roles en la familia, el feminismo, entre otros, están introduciéndose en la iglesia, y es necesario que como iglesia local abordemos estas cuestiones desde la Escritura con el fin de afirmar la verdad de Dios por encima de las filosofías que el mundo sostiene.

Este documento, que afirma las verdades que la iglesia del Señor ha creído históricamente, pero que contiene afirmaciones necesarias para nuestro tiempo, comprende el cuerpo de doctrina que cree Iglesia Bíblica de la Ciudad y que consistentemente enseñamos y procuramos vivir como un solo cuerpo, buscando en todas las cosas ser reflejo del Evangelio de Cristo y exaltar la Gloria de Dios en el poder del Espíritu Santo.

1. LAS ESCRITURAS

Dios y la revelación

- 1.1. Nuestro Dios eterno, trascendente y todo glorioso, quien existe por siempre como Padre, Hijo y Espíritu Santo es, por su misma naturaleza, un ser comunicativo^[1]. Él crea^[2] y también gobierna^[3] a través de sus palabras, y se ha revelado bondadosamente a sí mismo^[4] a la humanidad^[5] con el fin de tener comunión con nosotros^[6]. Él se ha revelado a sí mismo por medio de la creación y la providencia de maneras que son claras para todas las personas, no dejando a nadie sin un testimonio de sí mismo^[7]. Él también se reveló a sí mismo a través de palabras específicas, para que pudiéramos llegar a un conocimiento más pleno de su carácter y voluntad^[8], y aprender lo que es necesario para la salvación y la vida^[9]. A través del recurso del lenguaje humano^[10], el cual es apropiado e idóneo para la comunicación con aquellos que portan su imagen, Dios ha preservado en la Santa Escritura la única revelación autoritativa y completa para toda la humanidad^[11].

^[1] Gén 1:3; Juan 1:1; 17:5; Heb 3:7 ^[2] Gén 1; Sal 33:9; 147:18; 148:5; Col 1:15-17; Heb 11:3. ^[3] Sal 29; Lam 3:37-38; Isa 46:8-11; Col 1.15-17; Heb 1:3. ^[4] Deut 29:29; 1 Sam 3:21. ^[5] Gén 1:26; 2:15-17. ^[6] Hech 17:24-27. ^[7] Gén 3:8-9; Sal 19:1-6; Os 2:20; Juan 10:14-15; Hech 14:17; Rom 1:19-21. ^[8] Sal 19:7-11. ^[9] 2 Tim 3:15-17; 2 Ped 1:3-4. ^[10] Éx 32:16; Heb 1:1-2. ^[11] Apoc 22:18-19.

El origen de la Escritura

- 1.2. Toda la Escritura es exhalada por Dios^[12], habiendo sido entregada de manera exacta a través de varios autores humanos por la inspiración y acción soberana del Espíritu Santo^[13]. Nosotros, por lo tanto, recibimos los sesenta y seis libros del Antiguo y Nuevo Testamentos como la Palabra de Dios perfecta, infalible y autoritativa. Puesto que la plenitud de la revelación fue dada en Cristo y en su obra redentora terminada, no habrá ni será necesaria ninguna revelación normativa nueva hasta que Cristo regrese^[14]. En sus manuscritos originales, la Escritura como un todo (y todas sus partes) es inerrante —sin error en todo lo que afirma^[15]—. Debido a que hay un autor divino detrás de toda la Escritura, nosotros podemos llegar con confianza a tener un entendimiento armonioso y doctrinalmente unificado de toda la Escritura. Además, Dios en su amorosa providencia ha determinado preservar su Palabra como pura y confiable a lo largo de la historia^[16], de la misma manera en que guió a la iglesia primitiva a discernir e identificar el canon de la Escritura que Él inspiró.

^[12] 2 Tim 3:16; 1 Tes 2:13. ^[13] 2 Ped 1:19-21. ^[14] Heb 1:1-2; Apoc 22:18-19. ^[15] Sal 119:160; Prov 30:5-6; Juan 10:35. ^[16] Sal 12:6-7; Mar 13:31.

Los atributos de la Escritura

- 1.3. Los creyentes viven por cada palabra que procede de la boca de Dios^[17]. La Palabra de Dios es, por lo tanto, necesaria y completamente suficiente para conocer el amor de Dios en Cristo, para experimentar su glorioso plan de redención y para ser instruidos en cómo vivir de una manera fructífera y piadosa^[18]. La Palabra de Dios es clara, y todo lo que necesitamos para conocer a Dios, amarlo y tener comunión con Él puede ser claramente entendido a través de medios ordinarios, sin tener que apelar a ninguna autoridad humana^[19]. Aunque no toda la Escritura es igualmente clara, cuando su significado intencional es malentendido, la falla no yace en la claridad de la comunicación de Dios, sino en el receptor^[20]. Solamente la Escritura es nuestra autoridad suprema y final, y la norma para la fe y la vida. A las Escrituras no se les debe añadir ni se les debe quitar, y todos los credos, confesiones y enseñanzas deben ser probados por la autoridad final de la Palabra de Dios^[21].

^[17] Mat 4:4. ^[18] Rom 10:13-17; 2 Tim 3:15-17. ^[19] Deut 30:11-14; Sal 19:7; 119:130; Hech 17:1. ^[20] Luc 24:25; Juan 8:43. ^[21] Apoc 22:18-19.

La recepción de la Escritura

- 1.4. Llegamos a saber que la Biblia es la Palabra de Dios por medio de su propia autoridad^[22] para dar testimonio de sí misma y por la obra del Espíritu Santo que testifica por medio de la Palabra en nuestros corazones^[23]. Cuando las Escrituras se predicán y leen^[24], el Espíritu se deleita en iluminar nuestras mentes para que nosotros entendamos, atesoremos y obedezcamos su Palabra^[25]. El significado que Dios se propuso comunicar se revela a través de las intenciones de los autores humanos inspirados, confiriendo a la verdad de la Palabra de Dios una firme realidad histórica. Por lo tanto, la Biblia debe ser interpretada en una postura de oración, de acuerdo con su contexto e intención original, con la debida consideración de la naturaleza progresiva de la revelación y la interpretación colectiva de creyentes a lo largo de los tiempos^[26]. A fin de cuentas, la Escritura interpreta la Escritura, y el significado de cada texto debe ser entendido a la luz del todo en su conjunto. A medida que nos consagramos a la Palabra de Dios^[27], tenemos comunión con Dios mismo y somos edificados en la fe, santificados del pecado, fortalecidos en la debilidad y sostenidos en el sufrimiento por su inmutable revelación a través de la Escritura^[28].

^[22] 2 Ped 1:17-19; Luc 16:29-31; Heb 4:12-13. ^[23] 1 Cor 2:14; 2 Cor 3:14-16; Sal 119:18,27,34,73. ^[24] 1 Tim 4:13; 2 Tim 4:1-2. ^[25] Sal 19:7-11; Sant 1:22-25. ^[26] 2 Tim 2:15. ^[27] Deut 6:6-7; Sal 1:1-2; 119:1; Jos 1:8 ^[28] Isa 50:4; 55:10-11; Jer 23:29; Juan 17:17; Hech 20:32; Rom 15:4; 1 Tes 2:13; Heb 4:12.

2. EL DIOS TRINO

La naturaleza de Dios

- 2.1. Existe un solo^[29] Dios vivo y verdadero^[30], quien es infinito en su ser^[31], poder^[32] y perfecciones^[33]. Dios es eterno^[34], independiente y autosuficiente, tiene vida en sí mismo, sin necesidad de nadie ni de nada^[35]. Él es espíritu^[36], trascendente e invisible^[37], sin limitaciones ni imperfecciones^[38], inmutable^[39] y está presente en todo lugar con la plenitud de su ser^[40]. Su conocimiento es exhaustivo, incluyendo todas las cosas reales y posibles, de tal modo que nada —pasado, presente o futuro— está oculto a su vista^[41]. Dios no está dividido en partes, sino que todo su ser incluye todos sus atributos: Él es totalmente santo^[42], amoroso^[43], sabio^[44], justo^[45], bueno^[46], misericordioso^[47], lleno de gracia^[48] y veraz^[49]. Nuestro Dios es la fuente infinita de todo lo que es^[50], quien creó todas las cosas^[51], y todas las cosas existen por Él y para Él^[52]. Él es supremamente poderoso para llevar a cabo toda su santa y perfecta voluntad y gobierna sobre su creación con absoluto dominio^[53], justicia^[54], sabiduría^[55] y amor^[56]. Por ser trascendente, Dios es incomprensible en su ser y en sus actos, sin embargo, se revela a sí mismo de tal forma que nosotros lo podemos conocer verdadera y personalmente^[57].

^[29] Deut 6:4; 1 Cor 8:4-5; 1 Tim 1:17. ^[30] Jer 10:10; Juan 17:3; 1 Tes 1:9. ^[31] Éx 3:14; Job 11:7-9. ^[32] Sal 24:8; Mat 19:26. ^[33] Mat 5:48. ^[34] Sal 90:2; Apoc 1:8. ^[35] Sal 50:10-12; 102:25-27; Hech 17:24-25. ^[36] Juan 4:24. ^[37] Rom 1:20. ^[38] Sal 18:30. ^[39] Mal 3:6; Sant 1:17. ^[40] Jer 23:23-24; Sal 139:7-10. ^[41] Isa 42:8; 1 Jn 3:20. ^[42] Sal 99:9; Apoc 15:4. ^[43] 1 Jn 4:8. ^[44] Sal 104:24; Rom 16:27. ^[45] Deut 32:4; Rom 3:25-26. ^[46] Sal 106:1; Luc 18:19. ^[47] Éx 34:6; 2 Cor 1:3. ^[48] Sal 12:6; Prov 30:5; Tito 1:2. ^[49] Sal 12:6; Prov 30:5; Tito 1:2. ^[50] Sal 36:9; Juan 5:26. ^[51] Gén 1:1; Sal 33:6,9; Juan 1:3. ^[52] Rom 11:36; Col 1:16. ^[53] Sal 115:3; 66:7. ^[54] Sal 9:8; 36:6. ^[55] Sal 104:24; Rom 16:27. ^[56] Éx 34:6; Sal 119:64. ^[57] Sal 145:3; 1 Cor 2:10-12; Rom 11:33; Col 1:10; Jer 9:23-24.

La Santa Trinidad

- 2.2. El único Dios verdadero existe eternamente como tres personas —Padre^[58], Hijo^[59] y Espíritu Santo^[60]— infinitamente excelentes y todo gloriosas. Cada persona es completamente Dios, comparte la misma deidad, atributos y naturaleza esencial y, sin embargo, hay un solo Dios^[61]. Cada persona es distinta, aunque Dios no está dividido en tres partes, naturalezas o dioses por esta distinción. El Padre siempre ha existido como Padre, la fuente no engendrada de toda vida^[62]. El Hijo siempre ha existido como Hijo, eternamente engendrado del Padre, no creado y sin principio, de una misma esencia con el Padre^[63]. El Espíritu Santo siempre ha existido como Espíritu, procediendo eternamente del Padre y del Hijo, y de una misma esencia con ellos^[64]. La Deidad existe así en una perfecta unidad, indivisible en cuanto a su naturaleza y substancia, pero como personas inseparablemente distinguidas que disfrutan una plenitud de comunión y amor^[65].

^[58] Juan 6:27; Tito 1:4. ^[59] Juan 1:1; 8:58; Col 2:9. ^[60] Heb 9:14; 1 Cor 3:16; Hech 5:3-4 ^[61] Deut 6:4; Isa 45:21-22. ^[62] Rom 11:36; Ef 4:6.

^[63] Juan 1:1-4; 10:30; Heb 1:3,5. ^[64] Juan 15:26; Gál 4:6. ^[65] Juan 3:35; 14:31; 17:24.

Las relaciones y acciones de la Trinidad

- 2.3. Las personas de la Trinidad, siendo uno en naturaleza, están también inseparablemente unidas en sus obras^[66], de tal forma que tratar con una persona es tratar con la Trinidad como un todo^[67]. Sin embargo, dentro de esta unidad hay distinciones en la manera en que las personas divinas se relacionan la una con la otra y con la creación^[68], aunque no hay diferencia en esencia o atributos. Dentro de la Deidad, las relaciones establecidas entre las personas son eternas, aunque sin ninguna desigualdad. En las obras de la creación, la providencia y la redención, las personas desempeñan roles consistentes con sus relaciones eternas: el Padre origina, el Hijo realiza o lleva a cabo y el Espíritu completa^[69]. No obstante, los tres, siendo así distintos, no están ni divididos ni mezclados, son de una sola y misma esencia, son iguales desde toda la eternidad, y son dignos de ser adorados como el único Dios -Padre, Hijo y Espíritu Santo^[70].

^[66] Gén 1:2; Juan 1:3; 5:19. ^[67] Juan 10:38; 14:9-11. ^[68] Gén 1:1,2; Heb 1:2. ^[69] Juan 3:16; 6:38; 15:26; Rom 8:13; Gál 4:4; Heb 10:5-7.

^[70] Apo 5:12-14.

3. LOS PROPÓSITOS SOBERANOS DE DIOS

Dios ordena todas las cosas para su gloria

- 3.1. Desde toda la eternidad, Dios soberanamente ordenó todo lo que existe y todo lo que ocurre en su creación^[71], con el fin de mostrar la plenitud de su gloria^[72]. Los planes de Dios son eficaces, siempre llegan a cumplirse^[73], y son universales, abarcan todos los asuntos de la naturaleza^[74], la historia^[75] y las vidas individuales^[76]. Estos decretos son un ejercicio de su libre^[77], inmutable^[78], sabia^[79] y santa^[80] voluntad. No obstante, en su preordenación de todas las cosas, Dios no es el autor del pecado^[81], y sus decretos no anulan la voluntad de sus criaturas, quienes actúan con el poder de sus decisiones voluntarias conforme a su naturaleza^[82]. Sus actos de ordenar y gobernar todas las cosas son compatibles con la responsabilidad moral de sus criaturas^[83] de tal forma que Dios nunca condena a una persona injustamente^[84]. Por lo tanto, todas las personas son responsables por sus acciones, las cuales tienen consecuencias reales y eternas^[85].

^[71] Sal 33:11; Isa 37:26; Ef 1:11. ^[72] Rom 11:36; Éx 14:17-18; Sal 19:1. ^[73] Sal 33:11; Isa 46:9-10; 55:11. ^[74] Job 37:6-13; Col 1:16-17.

^[75] Sal 33:10-11; Prov 21:1. ^[76] Rom 9:15. ^[77] Rom 9:15. ^[78] Núm 23:19; Heb 6:17. ^[79] Rom 11:33. ^[80] Ef 1:11. ^[81] Sant 1:13; 1 Jn 1:5; ^[82] Hech 2:23; Rom 9:14-24; Fil 2:12-13. ^[83] Rom 3:19. ^[84] Dan 4:37; Rom 1:20. ^[85] Luc 10:28; Juan 3:16.

La gracia de Dios en la elección

3.2. Dios en su gran amor, antes de la fundación del mundo, eligió a aquellos a quienes Él salvaría en Cristo Jesús^[86]. La elección de Dios es totalmente por gracia^[87] y no depende en lo absoluto de fe, obediencia, perseverancia ni ningún otro mérito, conocidos de antemano por Dios, en aquellos a quienes Él ha elegido^[88]. Su decisión de poner su amor salvífico en los elegidos está basada enteramente en su voluntad soberana y en su beneplácito^[89]. El número de los elegidos de Dios ha sido establecido para toda la eternidad, y ninguno que haya sido elegido por Dios se perderá^[90].

^[86] Hech 13:48; Ef 1:4-5; 2 Tim 1:9. ^[87] Ef 1:6; 2:8-9; Rom 11:5-8. ^[88] Rom 9:11-18; 1 Cor 1:26-31. ^[89] 2 Tim 1:9. ^[90] Juan 10:25-29; Rom 8:29-30; 11:5-8.

3.3. En el misterio de su voluntad, Dios pasa por alto a los no elegidos^[91], reteniendo su misericordia y castigándolos por sus pecados como una demostración de su justicia e ira santas^[92].

^[91] Rom 9:17-22; Jud 4; Apoc 20:15. ^[92] Rom 9:22; Apoc 19:1-5.

3.4. Así como Dios ha designado a los elegidos para gloria^[93], así también ha preordenado todos los medios necesarios para llevar a cabo sus propósitos salvíficos^[94]. Aquellos a quienes ha predestinado son redimidos por Cristo^[95], llamados eficazmente a la fe por su Espíritu, justificados, adoptados, santificados^[96] y guardados por el poder de Dios hasta el fin^[97]. Dios hace todo esto a fin de demostrar su misericordia para alabanza de su gloriosa gracia^[98].

^[93] Col 3:4; Rom 8:29-30. ^[94] Rom 9:22; Apoc 19:1-5. ^[95] 1 Tes 5:9-10; Tito 2:14. ^[96] Rom 8:30; Ef 1:5; 2 Tes 2:13. ^[97] 1 Ped 1:5. ^[98] Ef 1:6,12,14.

3.5. Aunque rodeada de misterio, la doctrina de la elección no debería producir especulación, introspección, apatía u orgullo^[99], sino más bien humildad, gratitud, seguridad, pasión evangelística y alabanza eterna por la inmerecida gracia de Dios en Cristo^[100].

^[99] Deut 29:29; Sal 131:1; Rom 9:20. ^[100] 1 Cor 1:26-31; Ef 1:5-6,12; 1 Tes 1:2,4; 2 Tes 2:13; 2 Tim 2:10.

4. LA CREACIÓN, LA PROVIDENCIA Y EL HOMBRE

Dios crea y gobierna todas las cosas

- 4.1. En el principio, el Dios trino libremente creó de la nada el universo y todo lo que en él hay por la palabra de su poder, todo para su beneplácito y la manifestación de su gloria^[101]. Dios declaró la totalidad de su creación como muy buena^[102] y, aun en su condición caída, ella cuenta de la grandeza de Dios^[103] y ha de ser fuente de deleite^[104] y administrada para su gloria^[105]. Como Creador supremo, Dios está separado de todo lo que Él ha hecho y es trascendente sobre ello^[106]. Como Señor soberano, Él está presente con su creación para sustentar todas las cosas^[107], gobernar a todas las criaturas y dirigir todas las circunstancias de acuerdo con su santa y amorosa voluntad^[108]. En todo, Dios actúa eminentemente para su gloria^[109] y para el bien de su pueblo en Cristo^[110], concediéndonos gran consuelo y esperanza incommovible en el amor, la sabiduría y la fidelidad de Dios para con nosotros en esta vida y en la eternidad^[111].

^[101] Gén1; Sal 19:1; 33:6; Juan 1:3; Col 1:15-17; Heb 11:3; Apoc 4:11. ^[102] Gén 1:31. ^[103] Sal 19:1-6; Rom 1:20. ^[104] Sal 111:2; 1 Tim 4:4. ^[105] Gén 1:26,28; Sal 8. ^[106] 1 Rey 8:27; Isa 6:1; 66:1. ^[107] Sal 145:15; 147:8-9; Luc 12:24; Heb 1:3. ^[108] Ef 1:11; Rom 8:28-29. ^[109] Isa 43:7; Ef 1:6,12. ^[110] Gén 50:20; Rom 8:28; Ef 1:22. ^[111] Rom 5:3-5; 8:31; Fil 1:6; 1 Ped 4:19; Jud 24.

La creación del hombre a imagen de Dios

- 4.2. Dios creó al hombre, varón y hembra^[112], a su propia imagen^[113] como la corona de la creación y el objeto de su cuidado especial^[114]. Dios creó a Adán directamente del polvo de la tierra^[115], y a Eva del costado de Adán^[116], como los padres de toda la raza humana^[117]. Ellos fueron creados para conocer y glorificar a su Hacedor al confiar en su bondad y obedecer su palabra^[118]. Dios les dio dominio sobre toda la creación para llenar, sojuzgar y administrar la tierra como sus representantes^[119]. Todos los seres humanos han sido igualmente creados a imagen de Dios^[120]. A pesar de los efectos de la caída sobre la humanidad pecaminosa^[121], todas las personas siguen siendo portadoras de la imagen de Dios, capaces de tener comunión con Él y poseedoras de una dignidad y un valor intrínsecos en cada etapa de la vida desde la concepción hasta la muerte^[122]. La redención en Cristo restaura progresivamente a hombres y mujeres caídos a su verdadera humanidad a medida que son conformados a la imagen de Cristo^[123].

^[112] Gén 1:27. ^[113] Gén 1:26-27; 9:6. ^[114] Sal 8:4-8. ^[115] Gén 2:7. ^[116] Gén 2:22. ^[117] 1 Cor 15:22,45-49. ^[118] Gén 2:16-17; Ecl 3:11; Isa 43:7; Rom 1:19-21. ^[119] Gén 1:26,28. ^[120] Gén 9:6; Sant 3:9. ^[121] Rom 3:23; Ef 2:1; 4:18; Col 1:21. ^[122] Sal 139:13-16; Jer 1:5; Rom 14:8; Sant 3:9. ^[123] Rom 8:29; 2 Cor 3:18; Ef 4:24; Col 3:10.

El hombre como varón y hembra

- 4.3. Hombres y mujeres están ambos hechos a imagen de Dios y son iguales delante de Él en dignidad y valor^[124]. El género, designado por Dios a través de nuestro sexo biológico, no es por lo tanto incidental para nuestra identidad ni fluido en su definición, sino que es esencial para nuestra identidad como varón y hembra. Aunque la caída distorsiona y daña el diseño de Dios para el género y su expresión^[125], estos permanecen como parte de la belleza del orden creado por Dios. Los hombres y las mujeres reflejan y representan a Dios de maneras distintas y complementarias, y estas diferencias han de ser honradas en todas las dimensiones de la vida. Negar o tratar de eliminar estas diferencias equivale a distorsionar una manera fundamental en la que glorificamos a Dios como varón y hembra.

^[124]Gén 1:27; 9:6; Gál 3:28; Sant 3:9. ^[125]Gén 3:16-19.

Matrimonio, sexualidad y soltería

- 4.4. La masculinidad y feminidad bíblicas enriquecen el florecimiento humano en todas sus dimensiones. Dios instituyó el matrimonio como la unión de un hombre y una mujer quienes se complementan uno al otro en una unión que los hace una sola carne^[126] y que, a fin de cuentas, funciona como un tipo de la unión entre Cristo y su iglesia^[127]. Este permanece como el único patrón normativo de relaciones sexuales para la humanidad. Los esposos han de ejercer su rol de cabeza del hogar sacrificialmente y con humildad^[128], y las esposas han de servir como ayudas para los esposos, apoyándolos y sometándose voluntariamente a su liderazgo^[129]. Juntos, estos roles complementarios traen gozo y bendición a cada uno y despliegan la belleza de los propósitos de Dios para el mundo. Los hombres y mujeres solteros no son menos capaces de disfrutar y honrar a Dios ni menos importantes para sus propósitos. Ellos también han de dar expresión a la imagen de Dios de maneras distintas y complementarias, floreciendo como los portadores de su imagen y trayéndole gloria en su soltería^[130].

^[126]Gén 2:18-25. ^[127]Ef 5:31-33. ^[128]Ef 5:25-30; Col 3:19; 1 Ped 3:7. ^[129]Gén 2:18; Ef 5:22-24; Col 3:18; 1 Ped 3:1-2. ^[130]P. ej., 1 Cor 7:6-8; Luc 2:36-37.

5. EL PECADO DEL HOMBRE Y SUS EFECTOS

El origen del pecado

- 5.1. Dios creó originalmente al hombre inocente y recto, sin mancha ni corrupción^[131]. En tal estado, Adán y Eva disfrutaban una plenitud de vida en comunión con Dios, deleitándose en Él y en su buena voluntad, aunque eran capaces de cometer transgresión^[132]. A pesar de estos privilegios, Satanás los llevó a descarriarse^[133] y pecaron voluntariamente contra su Creador al hacer lo que Él había prohibido^[134]. En su rebelión ellos dudaron del carácter de Dios, rechazaron su autoridad y desobedecieron su palabra^[135]. La infracción de la ley de Dios por parte del hombre^[136] trajo enemistad con Dios^[137] y la maldición de la muerte^[138]. Debido a que Dios había establecido a Adán como el representante supremo de la raza humana^[139], su pecado le fue imputado a todos sus descendientes, trayendo culpa, condenación y muerte a la humanidad^[140]. Por lo tanto, todos somos corruptos por naturaleza^[141] y estamos inclinados al mal desde nuestra concepción^[142].

^[131] Gén 1:27,31; Ecl 7:29. ^[132] Gén 2:7-9,15-17. ^[133] Gén 3:13; 2 Cor 11:3. ^[134] Gén 3:6-7. ^[135] Gén 2:17; 3:1-6. ^[136] Gén 3:17; Rom 5:18-19. ^[137] Gén 3:8-10; Isa 59:2. ^[138] Gén 2:16-17; Rom 5:12. ^[139] Rom 5:12-19; 1 Cor 15:22,49. ^[140] 1 Cor 15:21-22; Rom 5:12-18. ^[141] Gén 6:5; Job 14:4; 15:14; Jer 17:9; Ef 2:3. ^[142] Sal 51:5; Gén 8:21; Rom 3:23.

Los efectos del pecado

- 5.2. De la corrupción heredada por la humanidad^[143] surgen todos los pecados que cometemos^[144]. Todas las personas son ahora por naturaleza enemigos de Dios^[145], viven bajo el poder de Satanás^[146], están sujetas a la maldición de la ley^[147] y son merecedoras de castigo eterno^[148]. Además, la naturaleza del hombre en su totalidad ha sido corrompida por la caída, y ninguna parte del hombre está libre de la contaminación del pecado^[149]. Aunque las personas caídas siguen siendo portadoras de la imagen de Dios^[150] y manifiestan las virtudes de la gracia común, son incapaces de agradar a Dios^[151], de merecer su favor^[152] o de librarse a sí mismas de su esclavitud al pecado^[153]. Sus corazones están endurecidos^[154], su entendimiento está entenebrecido^[155], sus conciencias están corrompidas^[156], su percepción espiritual está cegada^[157] y sus obras son malas^[158]. Por lo tanto, todas las personas están muertas en pecado y sin esperanza fuera de la salvación que hay en Cristo Jesús^[159].

^[143] Rom 5:12; Ef 2:3. ^[144] Sal 14:3; 51:1-5; 58:3; Sant 1:14; Mat 15:19. ^[145] Ef 2:3; Rom 5:10; 8:7. ^[146] Juan 8:44; Hech 26:18; 2 Tim 2:26; 2 Cor 4:4; 1 Jn 5:19; Ef 2:2. ^[147] Gál 3:10; Rom 4:15; Deut 28:45. ^[148] Dan 12:2; Mat 25:46; Apoc 20:14-15; Rom 1:32; 6:32. ^[149] Gén 6:5; Rom 3:10-18; 7:18; Ef 2:3; Jer 17:9. ^[150] Gén 9:6; Sant 3:9. ^[151] Rom 8:8; Heb 11:6. ^[152] Isa 64:6; Rom 3:20; Gál 2:16. ^[153] Juan 8:34; Ef 2:1-2. ^[154] Ef 4:18; Mat 13:15. ^[155] Rom 1:18-23,28; Ef 4:18. ^[156] Tito 1:15; 1 Tim 4:2 ^[157] 2 Cor 4:4; Juan 9:39; Rom 11:8. ^[158] Isa 64:6; Juan 3:19; Col 1:21. ^[159] Ef 2:12-13.

- 5.3. La maldición de la caída corrompió no solo a la humanidad sino todo el orden creado, sometiendo al mundo a vanidad, deterioro y muerte^[160]. Tanto la creación maldita como la maldad moral producen calamidad, sufrimiento, hostilidad e injusticia en el mundo^[161]. El gemir del orden creado nos recuerda nuestra condición caída y nos lleva a anhelar la redención de todas las cosas bajo Cristo^[162].

^[160] Gén 3:14-19; Rom 8:19-25 ^[161] Ecl 4:1; Mat 24:7; Juan 16:33; Tito 3:3. ^[162] Rom 8:22-23; 1 Cor 15:24-25; Heb 2:8; Apoc 21:4.

6. LA PERSONA DE JESUCRISTO

La encarnación y las dos naturalezas

- 6.1. En la plenitud del tiempo, Dios el Padre envió a su Hijo eterno^[163], la segunda persona de la Trinidad^[164], a venir a este mundo como Jesús el Cristo^[165]. Él fue concebido por el Espíritu Santo^[166] y nació de la virgen María^[167], tomando para sí mismo una naturaleza enteramente humana con todos sus atributos y debilidades, aunque sin pecado^[168]. En esta unión, dos naturalezas completas, perfectas y distintas fueron inseparablemente unidas en la persona del Hijo divino sin confusión, mezcla o cambio. Nuestro Redentor actuó en sus dos naturalezas, humana y divina, y a través de ellas^[169], de maneras apropiadas a cada una, siendo ambas naturalezas preservadas y ninguna disminuida por la otra. Sus dos naturalezas, humana y divina, están unidas y encuentran expresión en la persona del Hijo eterno^[170]. Así pues, nuestro Señor Jesucristo, Dios el Hijo encarnado es completamente Dios y completamente hombre, capaz de ser nuestro todo suficiente salvador y el único mediador entre Dios y el hombre^[171].

^[163] Juan 3:16; Gál 4:4. ^[164] Juan 1:1-2; Heb 1:-3. ^[165] Mat 1:21. ^[166] Luc 1:35. ^[167] Mat 1:23; Luc 1:34. ^[168] Juan 1:14; Heb 2:16-17; 4:15.

^[169] Mar 4:35-41; 11:12; Luc 2:52; 6:6-10. ^[170] Juan 1:14; Heb 1:1-3. ^[171] Hech 4:12; 1 Tim 2:5.

Vida y ministerio terrenal

- 6.2. Como el Hijo encarnado de Dios, nuestro Señor Jesucristo inauguró el reino de Dios^[172], cumpliendo los propósitos salvíficos de Dios^[173] y todas las profecías del Antiguo Testamento acerca de aquel que iba a venir^[174]: Él es la Simiente de la mujer^[175], la Simiente de Abraham^[176], el Profeta como Moisés^[177], el Sacerdote según el orden de Melquisedec^[178], el Hijo de David^[179], el Siervo sufriente^[180] y el Mesías designado por Dios^[181]. Como tal, Él fue ungido por el Espíritu Santo^[182] y vivió una vida sin pecado^[183] en completa obediencia a su Padre^[184]. Jesús entró a una existencia humana completa, soportando las debilidades, las tentaciones y los sufrimientos comunes de la humanidad. Él reveló perfectamente el carácter de Dios^[185], enseñó con autoridad divina y absoluta veracidad^[186], difundió el amor y la compasión de Dios^[187] y demostró su señorío por medio de obrar milagros^[188] y del ejercicio de prerrogativas divinas^[189].

[172] Mar 1:15; Mat 12:28. [173] Isa 53; Hech 4:12; Rom 3:21-22; 2 Cor 1:20. [174] Luc 24:44; Juan 5:39. [175] Gén 3:15; Rom 16:20. [176] Gen 15:18; 17:8; Mat 1:1; Gál 3:16. [177] Deut 18:15; Hech 3:22-26. [178] Sal 110:4; Heb 5:5-6. [179] 2 Sam 7:16; Mat 1:1; 22:42-45. [180] Isa 53:3-6; Mar 10:45. [181] Dan 9:25-26; Mat 16:16. [182] Mat 3:16. [183] Heb 2:16-17; 4:15. [184] Juan 5:19; Fil 2:8.

Muerte, resurrección y reinado

- 6.3. Habiendo obedecido completamente a su Padre en vida, nuestro Salvador fue también obediente hasta la muerte^[190]. Él fue crucificado bajo Poncio Pilato, muriendo una muerte sustitutoria por los pecados de su pueblo^[191]. Él fue sepultado y se levantó corporalmente de los muertos al tercer día^[192], vindicando su identidad y obra salvífica como el Mesías de Dios^[193] y garantizando la derrota de la muerte, nuestra resurrección futura y la glorificación de nuestros cuerpos físicos^[194]. Cuarenta días después, Jesús ascendió corporalmente al cielo^[195], donde está ahora entronizado a la diestra de Dios^[196], reinando sobre todas las cosas^[197], e intercediendo por su pueblo como su Gran Sumo Sacerdote^[198]. Un día Él regresará para juzgar a todas las personas y a todos los ángeles^[199], pues pondrá a todos sus enemigos bajo sus pies y habitará con su pueblo para siempre^[200].

[190] Fil 2:6-7. [191] Isa 53:5-12; 2 Cor 5:21; Rom 3:24-25; 1 Ped 3:18. [192] Mat 28:1-10; Mar 16:1-18; Luc 24:1-12; Juan 20:1-10; 1 Cor 15:3-4. [193] Hech 2:32-33; 4:10; 13:32-39; 17:31; Rom 1:3-4; 4:25. [194] 1 Cor 15:20-57. [195] Luc 24:50-53; Hech 1:9. [196] Hech 2:33; 5:31; 7:55-56; Rom 8:34; Ef 1:20; Heb 1:3; 8:1; 10:12. [197] Mat 28:18; Juan 17:2; Heb 1:3. [198] Heb 4:14; 7:25; 10:21. [199] Mat 25:31-32; Rom 2:16; 2 Tim 4:1. [200] 1 Cor 15:25-27; Heb 2:8.

7. LA OBRA SALVADORA DE JESUCRISTO

La humillación de Cristo en su obra salvadora

- 7.1. En la totalidad de su vida y su muerte, Jesucristo se humilló a sí mismo^[201] para servir como nuestro mediador^[202] en obediencia a los propósitos salvíficos de su Padre^[203]. Como el segundo Adán^[204], su vida sin pecado^[205] y de obediencia sincera a la ley de Dios obtuvo el don de justicia perfecta^[206] y vida eterna^[207] para todos los elegidos de Dios^[208]. En su muerte sustitutoria a favor de su pueblo^[209], Cristo se ofreció a sí mismo por el Espíritu^[210] como un sacrificio perfecto, el cual satisfizo las demandas de la ley de Dios al haber pagado el castigo completo por los pecados de su pueblo^[211]. En la cruz, Cristo cargó nuestros pecados^[212], recibió nuestro castigo^[213], propició la ira de Dios que nos era contraria^[214], vindicó la justicia de Dios^[215] y compró nuestra redención^[216], a fin de que nosotros fuéramos reconciliados con Dios^[217] y viviéramos en comunión bendita con Él para siempre^[218].

[201] Fil 2:6-8. [202] 1 Tim 2:5; Heb 9:15; 12:24. [203] Juan 4:34; 5:30; 6:38. [204] Rom 5:14; 1 Cor 15:45. [205] 2 Cor 5:21; Heb 4:15; 1 Ped 2:22. [206] Rom 5:17-21; 2 Cor 5:21; Fil 3:9. [207] Juan 3:14-16; 5:24; Tito 3:7; 1 Jn 5:11. [208] Juan 6:37; 10:29; Ef 1:3-5. [209] Isa 53:4-6,12; Mat 20:28; 2 Cor 5:21. [210] Heb 9:14. [211] Juan 19:30; Rom 8:1; Heb 1:3. [212] 1 Ped 2:24. [213] Gál 3:13. [214] Rom 5:9. [215] Rom 3:25-26. [216] Rom 3:24; Ef 1:7. [217] Rom 5:10; 2 Cor 5:18; Col 1:22. [218] Ezeq 37:27; Juan 17:3; Apoc 21:3.

La eficacia de la obra salvadora de Cristo

- 7.2. Dios el Padre se complació en aceptar el sacrificio de Cristo como una expiación completa por el pecado, levantándolo a nueva vida^[219] y vindicando su identidad y obra como el Mesías^[220]. Para aquellos que ponen su fe en Cristo Jesús, la justicia de Dios no requiere otro sacrificio por el pecado^[221], ni existe ningún logro o mérito humano que se pueda sumar a lo realizado por Cristo^[222]. La obra expiatoria de Cristo es completamente eficaz^[223], asegurando la salvación plena de todos los elegidos al comprar el perdón de pecados^[224], los dones de fe y arrepentimiento^[225], la vida eterna^[226] y toda otra bendición que viene al pueblo de Dios^[227]. Como la expiación única y suficiente por el pecado^[228], la obra salvadora de Cristo ha de ser proclamada a toda persona sin excepción como el único medio de reconciliación con Dios^[229]. No hay otro mediador entre Dios y el hombre más que nuestro Salvador, Cristo Jesús^[230], y Él recibirá con amor redentor a todos aquellos que vengan a Él en fe^[231].

^[219] Hech 3:15; 13:30; Rom 10:9; 1 Cor 15:15. ^[220] Hech 2:22-36; 4:10-12; Rom 1:3-4. ^[221] Rom 3:25-26; 5:9; Heb 10:10. ^[222] Rom 3:27; 1 Cor 1:29-31; Gál 6:14; Ef 2:9; Fil 3:7-9. ^[223] Col 1:20; Heb 7:25; 9:12-14; 1 Jn 1:7. ^[224] Mat 26:28; Luc 24:47; Hech 10:43; Col 1:14. ^[225] Jer 31:33; Ezeq 36:26-27; Ef 2:8-9; Fil 1:29. ^[226] Juan 3:16; 5:24; 6:40; Hech 13:48; Rom 5:21; 6:23; 1 Tim 1:16. ^[227] 1 Cor 2:21-23; Ef 1:3; 1 Ped 1:3. ^[228] Hech 4:12; Heb 7:27; 9:26. ^[229] Mat 28:19-20; Luc 24:47; Hech 17:30; Rom 10:14-17; 15:20. ^[230] 1 Tim 2:5. ^[231] Mat 11:28; Juan 6:37; Apoc 5:9.

La exaltación de Cristo en su obra salvadora

- 7.3. La exaltación de Cristo en su resurrección, ascensión y reinado revela la gloria plena de su obra mediadora^[232]. Levantado por el poder de Dios^[233], Cristo triunfó sobre el pecado, la muerte y Satanás^[234] y, como las primicias de la nueva creación^[235], otorga vida eterna a todos aquellos que son unidos a Él por la fe^[236]. Habiendo ascendido a la diestra del Padre^[237], Cristo derrama el Espíritu sobre su pueblo^[238] e intercede por ellos^[239] como un Gran Sumo Sacerdote^[240], abogando constantemente en su favor^[241] y concediéndoles acceso a la presencia de Dios^[242]. Como el Señor exaltado, Cristo reina con toda autoridad como rey universal^[243] y cabeza de su iglesia^[244], gobernando sobre los asuntos de los hombres y las naciones^[245], y dando poder a su pueblo para vivir en victoria sobre el pecado y Satanás^[246]. La consumación de la obra salvadora de Cristo ocurrirá cuando Él regrese para juzgar al mundo en justicia^[247], entregar el reino a su Padre^[248] y recibir adoración eterna como Rey de reyes y Señor de señores^[249].

^[232] Ef 1:20-24; Col 1:18-20; Apoc 5:5-14. ^[233] Hech 2:24; Rom 1:3-4. ^[234] Juan 12:31; Ef 1:20-21; Col 2:13-15; Heb 2:14-15. ^[235] 1 Cor 15:20,23. ^[236] Juan 5:21; 6:40,54; 1 Cor 15:45. ^[237] Hech 1:9; 2:33; Ef 4:8. ^[238] Juan 3:34; Hech 2:33. ^[239] Rom 8:34; Heb 7:25. ^[240] Heb 4:14-15. ^[241] 1 Jn 2:1. ^[242] Rom 5:2; Ef 2:18; 3:12. ^[243] Mat 28:18; Ef 1:22. ^[244] Ef 1:22; 5:23; Col 1:18. ^[245] Apoc 1:5; 17:14; 19:16. ^[246] Ef 6:10-11; 1 Jn 5:4-5. ^[247] Hech 17:31; Rom 2:16; 2 Tim 4:1. ^[248] 1 Cor 15:24. ^[249] Apoc 17:14; 19:16.

8. LA PERSONA Y LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

La persona del Espíritu Santo

- 8.1. El Espíritu Santo es la tercera persona^[250] de la Trinidad, quien procede eternamente del Padre^[251] y del Hijo^[252]. Él es igual en deidad, atributos y naturaleza con el Padre y con el Hijo^[253], y ha de ser adorado y glorificado junto con ellos. El Espíritu manifiesta la presencia activa de Dios en el mundo, impartiendo vida en la creación^[254] y en la nueva creación de Dios^[255]. Habiendo existido por siempre con el Padre y con el Hijo, el Espíritu es el agente de toda bendición para las criaturas de Dios y quien hace posible la comunión con Él.

^[250] La Escritura enseña que quienes pretenden ser seguidores de Cristo deben ser «[bautizados] en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mat 28:19), lo cual implica una autoridad y dignidad iguales del nombre del Espíritu Santo, el cual representa su persona. Además, la Escritura consistentemente le atribuye al Espíritu características y actividades que apropiadamente le corresponden a una persona, p. ej., Isa 63:10; Mat 12:24; Luc 12:12; Juan 14:26; Hech 5:3-4,9; 7:59; 13:2-4; 20:28; Ef 4:30; 2 Cor 3:17-18. ^[251] Prov 1:23; Isa 42:1; Luc 11:13; Juan 14:16-17,26; 15:26; 1 Cor 2:10-12; Gál 3:5; 1 Jn 3:24. ^[252] Juan 5:21; cf. Juan 6:63; 15:26; 16:7,13-15; Hech 2:17-18,33; Rom 8:9-11; Gál 4:6; 1 Ped 1:11; Juan 15:26. ^[253] Lev 11:45; cf. Sal 51:11; 19:2; 139:7; 143:10; Isa 40:13-14; 63:1-11; Miq 3:8; Mar 10:18. Ver también Neh 9:20; Hech 1:8; Rom 1:4; 1 Cor 2:10-11; Tito 3:5; Heb 9:14; Apoc 4:8. ^[254] Gén 2:7; 6:3; Job 33:4; 34:14-15. ^[255] Juan 3:1-15; 6:63; 7:37-39; Rom 8:11.

La obra del Espíritu previa a la venida de Cristo

- 8.2. El Espíritu eterno estaba presente en el principio de la creación de Dios^[256], llevando a cabo la palabra creadora de Dios^[257] y dando vida^[258] a todas las cosas. En la obra de Dios bajo el antiguo pacto, el Espíritu estaba presente con el pueblo de Dios^[259] para consagrar, liberar, guiar y conceder fe salvadora en las promesas de Dios^[260]. Él empoderó a los profetas para revelar la Palabra de Dios^[261], designó ancianos para emitir juicio^[262], levantó jueces para traer liberación^[263], ungió sacerdotes y reyes como sus representantes e inspiró el registro de la revelación bajo el antiguo pacto^[264]. A través de todas las instituciones y funciones del Antiguo Testamento, la obra del Espíritu apuntaba a la revelación final de Dios a través de su Hijo, Cristo Jesús^[265].

^[256] Gén 1:2. ^[257] Sal 33:6,9; 104:30. ^[258] Job 33:4; 34:14-15; cf. Isa 32: 14-17. ^[259] Deut 32:11-12 (cf. Isa 31:5; Gén 1:2); Sal 51:10-12; Isa 63:7-13; Hag 2:5; Zac 4:6. ^[260] Gén 15:6; cf. Gál 3:5-6; Heb 11:8-10. ^[261] Mat 22:43; Hech 1:16; 2 Ped 1:21. ^[262] Núm 11:16-17,25. ^[263] Jue 3:9-10; 6:34; 11:29; 13:24-25; 15:14. ^[264] 1 Sam 10:9; 16:13; 2 Crón 24:20. ^[265] Heb 1:1-2; 7:23-24; 9:12; Mat 5:17-18; Mar 7:18-19; Luc 24:27; Juan 2:19,21; 4:21,23; 5:39,46; Rom 10:4; 2 Cor 1:20.

La obra del Espíritu en Cristo y el nuevo pacto

- 8.3. La obra del Espíritu en el nuevo pacto se centra en Cristo y en la iglesia. Es por el Espíritu que Jesucristo fue concebido y nacido de una virgen^[266], ungido para cumplir su ministerio terrenal^[267], empoderado para ofrecer su vida como un sacrificio^[268] y levantado con el poder de la resurrección^[269]. Después de que Cristo ascendió a la diestra del Padre, el Espíritu Santo prometido descendió en Pentecostés e introdujo la nueva era de la plenitud del Espíritu^[270],

viniendo a morar en los creyentes y empoderándolos para la vida y el servicio^[271]. El Espíritu glorifica a Cristo y da testimonio de Él, redarguyendo al mundo de pecado, de justicia y de juicio^[272]. Él inspiró el registro de la revelación del nuevo pacto^[273] y la hace efectiva en los corazones de las personas a través del don de la regeneración^[274]. Él ilumina la Palabra de Dios para su pueblo^[275], les asegura el amor de Dios^[276], los consuela con su presencia^[277], intercede a su favor^[278] y los santifica para conformarlos a la imagen de Cristo^[279]. El Espíritu es el lazo de nuestra unión con Cristo^[280], el sello de nuestra salvación^[281], las primicias de nuestra redención^[282] y la garantía de nuestra herencia^[283].

^[266] Mat 1:18-20; Luc 1:35. ^[267] Isa 11:1-3; 61:1; Mat 3:16; 12:28-32; Mar 1:10; Luc 3:22; 4:16-21; Juan 1:32-34; Hech 1:2; 10:38; Heb 2:4. ^[268] Heb 9:14-15. ^[269] Rom 1:4; 8:11; 1 Ped 3: 18-20. ^[270] Juan 14:2-4,16,25-26; 16:5-7; Hech 1:4,8; 2:1-4,16-21,33. ^[271] Luc 4:16-21; Juan 6:63; 16:13-14; Hech 1:8; 2:17-21; 1 Cor 12-14; Rom 14:17; 1 Tim 4:14; 1 Tes 5:19-21. ^[272] Juan 16:8-11. ^[273] Juan 14:17,26; 16:13-15; 1 Cor 2:10-13; 2 Tim 3:16-17; 2 Ped 3:15-16; 1 Tim 5:18; cf. Luc 10:7; Mat 10:10; Deut 25:4. ^[274] Juan 3:5-8; Tito 3:5. ^[275] Ef 1:17-18; 1 Cor 2:12-14. ^[276] Rom 5:5; Gál 4:6; Ef 3:16-19. ^[277] Juan 16:7; Hech 9:31; 2 Cor 3:17-18; 13:14. ^[278] Rom 8:26-27; Juan 16:7. ^[279] Rom 8:13; 2 Cor 3:18; Gál 5:22-23. ^[280] Ef 4:3; 1 Cor 12:12-13; Gál 4:6. ^[281] 2 Cor 1:21-22, Ef 1:13; 4:30. ^[282] Rom 8:23; 1 Cor 15:20,23. ^[283] Ef 1:13-14; cf. 2 Cor 1:22; 5:5.

9. EL EVANGELIO Y LA APLICACIÓN DE LA SALVACIÓN POR EL ESPÍRITU SANTO

El evangelio

- 9.1. El evangelio es la buena nueva de Jesucristo y todo lo que Él hizo en su vida, muerte, resurrección y ascensión, para lograr la salvación para la humanidad^[284]. Por lo tanto, el evangelio no es una acción o logro humano sino más bien un logro divino^[285], objetivo, histórico, que permanece cierto e inmutable sea cual sea la opinión o respuesta humana. El evangelio es el mensaje central de la Biblia, la cual testifica en todas sus partes de los actos salvíficos de Dios, culminando en la persona y obra de Cristo^[286]. Estas buenas nuevas son el poder de Dios para salvación a todo aquel que cree^[287], ofreciendo esperanza para el perdido^[288] y constante consuelo y fortaleza para el creyente^[289]. No hay salvación fuera de Cristo Jesús, pues no hay otro nombre dado bajo el cielo por el cual podamos ser salvos^[290].

^[284] Rom 3:23-26; 1 Cor 15: 3-5; Apoc 1:5; 5:5,9-12. ^[285] Rom 1:3-4; 1 Cor 15:3-5. ^[286] Luc 24:44-47; Juan 5:39; 1 Ped 1:10-12. ^[287] Rom 1:16. ^[288] Mat 4:16; Hech 4:12; Rom 1:16. ^[289] Rom 5:1-5; 8:31-39; 2 Cor 1:3-5. ^[290] Hech 4:12.

Llamamiento eficaz, regeneración y conversión

- 9.2. Dios manda que el evangelio sea proclamado a todas las personas en todo lugar^[291], pero todas las personas están espiritualmente muertas y son incapaces de responder a estas nuevas de salvación^[292]. Por lo tanto, Dios por su gracia llama eficazmente a sí mismo a aquellos que Él eligió salvar en Cristo^[293]. A través de la proclamación del evangelio, el Espíritu Santo regenera

a los elegidos y los trae a una unión viva con Cristo, concediendo nueva vida espiritual^[294], abriendo sus ojos para ver la gloria de Dios en Cristo^[295] y capacitándolos para responder al evangelio en fe y arrepentimiento^[296]. Con un corazón y una mente renovados^[297], nosotros recibimos a Cristo y confiamos plenamente en Él para salvación, volviéndonos de nuestro estilo de vida pecaminoso y egoísta, para amar y seguir a Cristo en gozosa obediencia^[298]. Solamente aquellos que responden al evangelio de esta manera serán salvos^[299], aunque incluso esta respuesta es un don de la gracia misericordiosa de Dios, lo cual asegura que solo Él reciba la gloria por nuestra salvación^[300].

^[291] Mat 28:19-20; Luc 24:47; Hech 17:30; Rom 10:14-17; 15:20. ^[292] Juan 6:44; Ef 2:1-3; Col 2:13. ^[293] Rom 8:30; 1 Cor 1:24; Ef 4:4. ^[294] Juan 3:5-6,8; 6:63; 2 Cor 3:6; Rom 10:14-17; Tito 3:5. ^[295] Juan 16:13-14; 2 Cor 3:16-18; 4:4,6. ^[296] Ef 2:8-9; Fil 1:29. ^[297] Rom 12:2; 1 Cor 2:16; Ef 4:23. ^[298] 1 Tes 1:9. ^[299] Hech 4:12; Col 1:23. ^[300] Ef 2:8-9; Fil 1:29; 1 Cor 26-29.

Justificación y adopción

- 9.3. En su unión con Cristo, los creyentes reciben gratuitamente todos los beneficios del evangelio^[301]. A aquellos a quienes Dios llama eficazmente a sí mismo, Él los justifica en Cristo^[302], perdonando todos sus pecados^[303] y declarándolos justos y aceptables delante de Él^[304]. Esta declaración es judicial, refiriéndose no a nuestra naturaleza sino a nuestro estatus con respecto a la ley de Dios^[305]; es definitiva, ya que no se puede obtener gradualmente ni se puede perder^[306]; y es por gracia, un regalo gratuito de la justicia de Dios que no está basado en nada hecho en nosotros o por nosotros, sino que se recibe gratuitamente por fe^[307]. La única razón para nuestra justificación es la justicia de Cristo, cuya vida de obediencia perfecta nos es imputada y cuya muerte sustitutoria a nuestro favor satisfizo completamente las demandas de la justicia de Dios en relación con nuestros pecados^[308]. Aquellos a quienes Dios justifica, Él adopta como miembros de su familia, otorgándoles todo el estatus, todos los derechos y todos los privilegios de hijos amados^[309]. Como hijos de Dios, nosotros recibimos su nombre^[310], disfrutamos acceso a su presencia^[311], experimentamos su cuidado y disciplina^[312] y aguardamos ansiosamente la herencia gloriosa que Él ha prometido a los suyos^[313].

^[301] Ef 1:3. ^[302] Rom 8:29-30. ^[303] Rom 4:7; Col 1:14; Heb 8:12. ^[304] Rom 3:26; 5:19; 2 Cor 5:21. ^[305] Hech 13:39; Rom 3:26; 8:1-2. ^[306] Rom 3:28; 4:6. ^[307] Rom 3:22-26; 5:15-17; 1 Cor 1:29; Ef 2:8-9. ^[308] Rom 3:22-26; 1 Cor 1:29; 2 Cor 5:21; Ef 2:8-9. ^[309] Rom 8:15,23; Gál 4:4-7; Ef 1:5; 1 Jn 3:1-2. ^[310] Núm 6:27 (cf. Mat 28:19); Deut 28:10; 2 Crón 7:14; Hech 11:26; 2 Tim 2:19; 1 Ped 4:14,16. ^[311] Rom 5:2; Ef 1:18. ^[312] Heb 12:5-11. ^[313] Rom 8:23-26; 1 Ped 1:3-5.

Santificación, perseverancia y glorificación

- 9.4. Como el Salvador todo suficiente, Cristo también santifica a su pueblo, limpiándolo de la impureza del pecado y apartándolo para Dios y su servicio^[314]. La obra renovadora del Espíritu Santo rompe su esclavitud al pecado y a Satanás, y los levanta a vida nueva, haciendo posible que los creyentes mortifiquen el pecado y crezcan en semejanza a Cristo^[315]. La santificación es por consiguiente tanto un acto definitivo de Dios^[316] como una obra progresiva del

Espíritu^[317]. Los creyentes deben perseverar en fe y obediencia a fin de ser salvos^[318]. Sin embargo, esta perseverancia es también un don de Dios en Cristo, quien preserva a los suyos y los guarda a salvo por siempre^[319]. La meta suprema de la santificación es nuestra conformidad plena a la imagen de Cristo, la cual se alcanzará definitivamente cuando los creyentes sean levantados físicamente con Cristo en gloria, libertados del pecado completamente y se regocijen en la presencia de Dios para siempre^[320].

^[314] 1 Cor 1:30; Ef 5:25-26; Heb 10:10,14. ^[315] Rom 6:6-7,18; 7:6; 8:12-13; Gál 5:1. ^[316] Heb 10:10,14. ^[317] 2 Cor 7:1; Fil 2:12; 1 Tim 6:11; 2 Tim 2:22; Heb 12:14. ^[318] Mat 10:22; 24:13; Mar 13:13; Col 1:23; Heb 3:14. ^[319] Rom 8:29-30; 1 Cor 1:8; 1 Tes 3:13; 1 Ped 1:5; Jud 24. ^[320] Rom 8:29; 2 Cor 3:18; 1 Jn 3:1-3.

10. LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO EN LA IGLESIA

La llenura del Espíritu

10.1. Cuando Cristo ascendió, derramó el Espíritu Santo sobre la iglesia, introduciendo así una mayor experiencia de la presencia y el poder de Dios entre su pueblo^[321]. El Espíritu transforma los corazones por el milagro de la regeneración^[322] y mora en todos los creyentes en la medida abundante propia del nuevo pacto^[323]. El Espíritu también desea llenar continuamente al pueblo de Dios con mayor poder para la vida y el testimonio cristianos^[324]. Ser lleno del Espíritu es estar más completamente bajo su influencia^[325], estar más consciente de su presencia^[326] y ser más efectivo en su servicio^[327]. Todos los cristianos, por lo tanto, deben buscar continuamente ser llenos del Espíritu^[328], viviendo y orando de una manera que invite el obrar del Espíritu entre nosotros, anhelando activamente que Dios realice sus propósitos de gracia en nosotros y a través de nosotros. La llenura del Espíritu le trae al pueblo de Dios un conocimiento más profundo de Cristo^[329], un deseo más grande por la santidad^[330], un compromiso más fuerte en cuanto a la unidad y el amor, una mayor productividad en el ministerio y una gratitud más profunda por nuestra salvación^[331].

^[321] Hech 2:17-18; 2:33; 10:45. ^[322] Tito 3:5; Juan 3:3; 1 Ped 1:3. ^[323] Ezeq 36:26-27; Hech 2:38-39; 1 Cor 12:12-13. ^[324] Hech 1:8; 4:8; 4:31; 13:9; Ef 5:18. ^[325] Hech 2:42-47; 4:32-33. ^[326] Hech 3:19; 7:55; 19:6; Rom 8:15,23. ^[327] Hech 4:8; 6:3. ^[328] Ef 5:18. ^[329] Juan 15:26; 16:13-15; Ef 3:16-19; Rom 5:5. ^[330] Rom 8:13; Gál 5:22-23. ^[331] Rom 8:15-16; Ef 5:19-20; Col 1:11-14.

Los dones del Espíritu

10.2. Cristo ama a la iglesia, su cuerpo, y provee para su salud y crecimiento a través del Espíritu Santo^[332]. Además de dar vida nueva, el Espíritu soberanamente concede dones a cada creyente^[333]. Los dones espirituales son aquellas habilidades y expresiones del poder de Dios dadas por su gracia para la gloria de Cristo y la edificación de la iglesia^[334]. La variedad de estos dones refleja^[335] la diversidad de los miembros del cuerpo de Cristo^[336] y demuestra nuestra necesidad de los unos por los otros^[337]. Los dones no se deben ejercer con temor, orgullo o

desorden, sino con fe, amor y orden^[338], y siempre en sumisión a la autoridad de la Escritura como la revelación final de Dios^[339]. Nosotros, por lo tanto, hemos de desearlos ardientemente y de practicarlos hasta que Cristo regrese^[341].

^[332] Juan 16:4-15; Ef 4:7-8,13-16; 5:25-27. ^[333] 1 Cor 12:7,11. ^[334] 1 Cor 12:7; 14:26; Ef 4:12. ^[335] Rom 12:6-8; 1 Cor 12:4-11,28-30; 1 Ped 4:10-11; Ef 4:11-12. ^[336] 1 Cor 12:21-26. ^[337] 1 Cor 14:1; 13:1-3; 14:33. ^[338] 1 Cor 13:1-3; 14:1; 14:33. ^[339] 1 Tes 5:19-21; 1 Cor 14:29; 2 Tim 3:16; Apoc 22:18-19. ^[341] 1 Cor 1:7; 12:31; 13:8-12; 14:1,12.

11. VIDA EN CRISTO

Crecer en Cristo

11.1. Todos los creyentes, en virtud de su unión con Cristo, son transformados progresivamente a su imagen^[342]. Aunque el poder dominante del pecado en nuestras vidas ha sido roto, residuos de corrupción aún permanecen en nuestros corazones contra los cuales lucharemos a lo largo de nuestras vidas^[343]. Este proceso de crecimiento que dura toda la vida ocurre a medida que el Espíritu nos empodera para permanecer en Cristo y buscar la santidad en cada área de nuestra vida^[344]. Descansar en la obra terminada de Cristo nunca hace que nuestro esfuerzo sea innecesario, sino más bien nos habilita para buscar con gozo el amar y agradecer a Dios^[345]. Impulsados por la gracia, los creyentes crecen en el conocimiento de Dios, obedecen los mandamientos de Cristo, andan por el Espíritu, mortifican el pecado y van en pos de las prioridades y los propósitos de Dios^[346]. Aunque tales acciones no son la base de nuestra salvación, ellas demuestran la autenticidad de nuestra salvación y son un medio por el cual Dios nos mantiene fieles hasta el fin^[347]. Entre los muchos medios de gracia públicos y privados, la Palabra de Dios, la oración y la comunión son instrumentos primordiales de nuestra santificación^[348], que fomentan la comunión con Dios y nos entrenan como cuerpo para glorificarle, amar a los demás y testificar de Cristo al mundo^[349].

^[342] Rom 6:5-11; 2 Cor 3:18; Apoc 19:8. ^[343] Gál 5:16-18; 1 Ped 2:11. ^[344] Juan 15:4-8; Gál 5:16-26; Heb 12:14. ^[345] Sal 37:5; 40:8; Juan 15:11; Rom 6:1-4; 12:1-2; Ef 5:10; Fil 1:25; Tito 2:11-14; 1 Ped 1:13-19. ^[346] Mar 12:30-31; Juan 15:10; Rom 8:4; 1 Cor 10:31; 2 Cor 4:6; Col 3:5-6; 1 Jn 5:2-3. ^[347] Mat 25:31-46; Ef 2:8-10; Heb 3:12-14; 6:9-12; 10:19-27. ^[348] Juan 6:63; 17:17; Hech 2:42; Ef 4:15; 6:18; Col 3:16; 1 Tes 2:13-14; 2 Tim 3:16-17; Jud 20-21 ^[349] Mat 5:8; 1 Cor 10:31; Col 3:12-14; 1 Ped 2:9-12.

Esperar a Cristo

11.2. Vivir la vida cristiana incluye anhelar^[350] y esperar el regreso del Señor Jesucristo^[351]. Aunque los creyentes son nuevas creaciones en Cristo y disfrutan en el presente las bendiciones de su poder de resurrección^[352], su santificación sigue siendo parcial e incompleta en esta vida^[353]. Además, ellos continúan viviendo en cuerpos mortales en una creación sujeta a vanidad^[354], siendo resistidos por el mundo^[355], la carne^[356] y el diablo^[357]. La Palabra de Dios nos asegura que somos sus hijos amados^[358], aunque tal certeza no elimina la realidad de sufrimiento, dolor y persecución en esta era presente^[359]. El evangelio nos capacita para regocijarnos en medio de

tribulaciones^[360], seguros de que sus propósitos están obrando para nuestro bien aún en circunstancias que no entendemos^[361]. Fijando los ojos en Jesús, soportamos en fe y abundamos en esperanza^[362], confiados en que un día se acerca rápidamente cuando el pecado y el dolor ya no existirán^[363].

^[350] Rom 8:19,23,36; 1 Cor 16:22; 2 Cor 5:2. ^[351] Tito 2:13; Jud 21; Apoc 22:20. ^[352] Juan 5:24; 6:47; Rom 6:2-5; 2 Cor 5:17; Ef 1:19-20. ^[353] Fil 3:12; 1 Tes 5:23; 1 Jn 1:8; 3:2 ^[354] Ecl 3:11,14; Rom 8:20-23; 2 Cor 5:1-4; 1 Cor 15:53. ^[355] 1 Jn 2:16; 5:19. ^[356] Gál 5:17. ^[357] Ef 6:10-12; Sant 4:7; 1 Ped 5:8-9. ^[358] Rom 8:17; Gál 4:5-6; 1 Jn 3:2. ^[359] Juan 16:33; Hech 14:22; Rom 8:36; 1 Ped 3:14,17; 4:19. ^[360] Rom 5:3; 8:23; 12:12; 2 Cor 5:2,4; Col 1:24; 1 Ped 4:13. ^[361] Isa 43:1-3; Lam 3:21-24; Rom 8:28; Fil 1:6. ^[362] Rom 12:12; 15:13; 2 Cor 1:6; 2 Tim 2:12; Heb 12:1-3; 1 Ped 2:19-20. ^[363] Isa 25:8; 35:10; 51:11; Apoc 7:17; 21:4.

12. LA IGLESIA DE CRISTO

La iglesia universal

12.1. La iglesia universal es la verdadera comunidad del pueblo de Dios que lo adora, la cual se compone de todos los elegidos de todos los tiempos^[364]. A lo largo de la historia de la salvación, Dios por medio de su Palabra y de su Espíritu ha estado llamando a personas pecaminosas de entre toda la raza humana para crear una nueva humanidad redimida^[365], a quienes Cristo compró con su sangre^[366]. Al ser otorgado el Espíritu en Pentecostés^[367], el pueblo de Dios fue reconstituido como su iglesia del nuevo pacto^[368], en continuidad con el pueblo de Dios del antiguo pacto, pero ahora habiéndose consumado por la obra de Cristo^[369]. Todos los miembros del pueblo de Dios están unidos en un cuerpo^[370] —con Cristo como la cabeza suprema, sustentadora e impartidora de vida^[371]— y apartados para posesión de Dios y para sus propósitos^[372].

^[364] Heb 12:22-23; 2:12; Ef 5:25; Apoc 21:2. ^[365] Gén 12:1-3; Éx 6:7; 19:3-6; Deut 4:10; Ef 2:11-22; Col 1:13. ^[366] Hech 20:28; Ef 1:7; 5:25. ^[367] Hech 2:1-4. ^[368] Hech 2:42-47. ^[369] Jer 31:31-33; Rom 11:25; Ef 1:23; 2:13-22; 3:6; Heb 8:8-10. ^[370] Ef 4:4-6; 1 Cor 12:12-27. ^[371] Col 1:18; 2:19; Ef 1:22-23; 4:15-16; 5:23. ^[372] 1 Ped 2:9-10; Lev 19:2.

La iglesia local

12.2. Como una expresión de la iglesia universal de Cristo, la iglesia local es el punto focal del plan de Dios para llevar a su pueblo a la madurez y para salvar pecadores^[373]. Por lo tanto, todos los cristianos han de integrarse como miembros comprometidos a una iglesia local específica^[374]. Una iglesia auténtica se caracteriza por la predicación fiel de la Palabra^[375], la administración correcta de los sacramentos^[376] y el ejercicio apropiado de la disciplina de la iglesia^[377]. Aún las iglesias auténticas son imperfectas: a menudo se encuentra en ellas una variedad de no creyentes ocultos entre el verdadero rebaño^[378] y son vulnerables a errores teológicos y fracasos morales^[379]. Sin embargo, Cristo es firme en su compromiso de edificar su iglesia y con toda certeza la llevará a la madurez^[380].

[373] Ef 3:10; 1 Tim 3:15; Mat 28:18-20. [374] Hech 2:47; 1 Cor 1:2; 1 Tes 1:1. [375] 2 Tim 2:15; 2 Tim 4:1-2; Tito 1:9. [376] Mat 28:19; Hech 2:38; Rom 6:3-4; Mat 26:26-28; 1 Cor 11:17-34. [377] Mat 18:15-17; 1 Cor 5:1-13. [378] 2 Tim 2:16-19; Hech 20:29-30; 2 Tim 4:10. [379] 1 Cor 3:1-3; 5:1; 1 Tim 5:20; 2 Tim 4:3-4; Apoc 2:5,14-16,20-23; 3:2-3,15-19. [380] Mat 16:18; Ef 5:25-27; Apoc 19:7-9.

12.3. Cristo le ha dado las funciones de anciano^[381] y diácono^[382] a la iglesia^[383]. Los ancianos ocupan la única función de gobierno y son llamados a enseñar, supervisar, cuidar y proteger el rebaño encomendado a ellos por el Señor^[384]. Los diáconos contribuyen a suplir las diversas necesidades de la iglesia por medio de actos de servicio. Dios concede estas y otras personas como dones para servir y equipar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo^[385]. En conformidad con el diseño de Dios en la creación, la Escritura reserva la función de anciano y diácono para varones^[386], aunque los hombres y las mujeres por igual pertenecen a un sacerdocio real, en el cual cada miembro es dotado por Dios para desempeñar un papel vital en la vida y misión de la iglesia^[387].

[381] 1 Tim 3: 1-7; Tito 1:5-9; Hech 14:23; 20:28; 1 Tim 5:17-18; Heb 13:17. [382] 1 Tim 3:8-13; Fil 1:1. [383] Ef 4:11-12; 1 Cor 12:28. [384] 1 Ped 5:1-4; Hech 20:28; 1 Tim 3:2; 2 Tim 4:1-2; 1 Tim 5:17. [385] Ef 4:11-12. [386] 1 Tim 2:12-13. [387] Rom 16:1-16; Hech 1:14; 9:36-42; 16:14-15; 18:2; Fil 4:2-3; 1 Tim 5:9-16; 2 Tim 1:5; Tito 2:1-6; 1 Ped 2:9.

Los sacramentos de la iglesia

12.4. Los sacramentos son medios de gracia preciosos que representan los beneficios del evangelio, confirman sus promesas para el creyente y distinguen visiblemente a la iglesia del mundo^[388]. El Señor Jesús instituyó dos sacramentos, el bautismo y la Cena del Señor^[389], para que fueran fielmente observados por la iglesia^[390] hasta su regreso^[391]. El bautismo es un sacramento introductorio, no repetido^[392], para aquellos que vienen a la fe en Cristo y representa la remisión de sus pecados y su unión con Cristo en su muerte y resurrección^[393]. A través de la inmersión en agua en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo^[394], el creyente proclama públicamente su fe en Cristo y con ello representa su incorporación al cuerpo de Cristo^[395]. Aunque fue ordenado por Cristo y es un medio de gracia auténtico, la gracia no está ligada tan inseparablemente al bautismo como para que nadie pueda ser salvo sin bautizarse, o para afirmar que todo aquel que ha sido bautizado es por eso salvo^[396].

[388] Rom 4:11; cf. Gén 17:7; Rom 6:3-4; 1 Cor 10:16-20; Gál 3:26-28; Col 2:11-14. [389] Mat 28:19; 1 Cor 11: 23-26; cf. Mat 26:26-29; Mar 14:22-25; Luc 22:14-23. [390] Hech 2:42-46. [391] Mat 28:20; 1 Cor 11:26. [392] Hech 2:38-41; Gál 2:16; 3:26-27; 5:2-6; cf. Col 2:11-14. [393] Rom 6:3-5. [394] Mat 28:19; Hech 19:3-5. [395] Hech 22:16; Rom 6:3-14; Col 2:11-14. [396] 1 Cor 10:1-5; 1 Ped 3:21; Rom 2:28; cf. Col 2:11-14.

12.5. En la Cena del Señor, la iglesia reunida come el pan, que representa el cuerpo de Cristo entregado por su pueblo, y bebe la copa del Señor, que representa su sangre derramada por nuestros pecados^[397]. Al observar este sacramento con fe y un sobrio examen de conciencia^[398], nosotros recordamos y proclamamos la muerte de Cristo, tenemos comunión con Él y recibimos nutrimento espiritual para nuestras almas, representamos nuestra unidad con otros miembros del cuerpo de Cristo y esperamos con ilusión el regreso triunfante de nuestro Señor^[399].

[397] 1 Cor 11:23-26. [398] 1 Cor 11:26-30. [399] 1 Cor 11:26.

El propósito y la misión de la iglesia

12.6. Como el cuerpo de Cristo, la iglesia existe para adorar a Dios^[400] para edificar y llevar a la madurez a su pueblo^[401] y para dar testimonio de Cristo y de su reino en todo el mundo^[402]. Gobernada por la Escritura, la iglesia se reúne para la enseñanza de la Palabra^[403], la oración^[404], los sacramentos^[405], el canto congregacional^[406], la comunión y la edificación mutua por medio del ejercicio de los dones espirituales^[407]. Así como el Padre envió a Jesús a este mundo, así Jesús ha enviado a su pueblo al mundo en el poder del Espíritu^[408]. La misión de la iglesia es hacer discípulos de todas las naciones, enseñándoles a guardar todo lo que Cristo ha mandado^[409]. Nosotros hacemos esto al proclamar su evangelio, plantar iglesias y adornar la proclamación del evangelio por medio de nuestro amor y buenas obras. Siempre habrá una asamblea de creyentes en la tierra porque el Señor promete edificar, guiar y preservar a su iglesia hasta el fin del mundo^[410]. Cuando Cristo regrese, Él reunirá y perfeccionará a su iglesia, de cada tribu, lengua y nación, como un pueblo de su exclusiva posesión, y habitará con ellos para siempre^[411].

[400] Col 3:16; Ef 5:18-20. [401] Ef 4:12-13; Col 1:28. [402] Mat 28:19. [403] 2 Tim 4:1-2; 1 Tim 4:13; Ef 4:11-12. [404] Hech 2:42; 1 Tim 2:1-2. [405] Rom 6:3-4; 1 Cor 11:17-34. [406] Col 3:16; Ef 5:18-20. [407] 1 Cor 12:7; 14:26; 1 Tes 5:11; 1 Ped 4:10. [408] Juan 17:18; 20:21; Luc 24:44-49; Hech 1:5-8. [409] Mat 28:18-20. [410] Mat 16:18. [411] 1 Tes 4:16-17; 1 Jn 3:2; 1 Cor 15:51-52; 2 Cor 5:1; Tito 2:13-14; Apoc 7:13-17; 19:6-9; 21:1-4.

13. LAS ÚLTIMAS COSAS

La muerte y el estado intermedio

13.1. La muerte entró a la creación buena de Dios como resultado del pecado de Adán, y ahora todas las personas están sujetas a la maldición de la muerte impuesta por Dios^[412]. Sin embargo, los creyentes no necesitan temer^[413], porque Cristo ha conquistado la muerte y nos ha librado de su dominio^[414]. Aunque nuestros cuerpos regresan al polvo por un tiempo^[415], la muerte para el cristiano se ha convertido en una puerta al paraíso^[416], donde nuestras almas entran inmediatamente a la presencia de Dios^[417] para contemplar y disfrutar a nuestro Salvador y para descansar de nuestras labores^[418]. En compañía con todos los espíritus de los justos hechos perfectos^[419], nosotros aguardaremos la redención de nuestros cuerpos^[420] y nuestra salvación plena y final^[421]. Las almas de los no redimidos, no obstante, son inmediatamente lanzadas al Hades para experimentar tormento^[422] mientras aguardan el juicio final por sus pecados^[423].

[412] Gén 3:17-19; Rom 5:12; 6:23. [413] 1 Cor 15:56-57; 1 Tes 4:13; Heb 2:14-15. [414] Juan 11:25-26; Rom 6:8-9; Gál 3:13-14; Heb 2:14-15; Apoc 5:5-6; 21:4. [415] Gén 3:19. [416] Luc 23:43. [417] Ecl 12:7; 2 Cor 5:6-8; Fil 1:23; Apoc 6:9-11. [418] Sal 16:11; Juan 17:24; Fil 1:21-23; Apoc 14:13. [419] Heb 12:23. [420] Rom 8:23. [421] Mat 23:31-36; Apoc 6:10-11. [422] Luc 16:23-24; Apoc 20:13 [423] Mat 25:31-33; 41-43.

El regreso de Cristo y la resurrección

13.2. En el tiempo decretado, conocido solo por Dios^[424], Jesucristo regresará a la tierra en poder y gloria^[425] como Juez^[426] y Rey^[427] ante quien toda rodilla se doblará^[428]. El regreso personal^[429], físico^[430] y visible de Cristo^[431] es la esperanza bendita de todos los que confían en Él^[432]. Al final de los tiempos, los justos y los injustos se levantarán, y sus almas se unirán de nuevo a sus cuerpos: los justos a resurrección de vida, los injustos a resurrección de juicio^[433]. Cuando los muertos en Cristo sean levantados^[434], sus cuerpos perecederos serán redimidos y hechos semejantes al cuerpo imperecedero, glorioso, poderoso y espiritual de Cristo^[435]. Aquellos en Cristo que estén vivos serán del mismo modo transformados^[436] y así todo el pueblo glorificado de Dios portará para siempre la imagen de su Salvador^[437].

^[424] Mat 24:36,44; Mar 13:33; 1 Tes 5:2-3. ^[425] Luc 21:27. ^[426] Sal 96:10-13; Isa 11:1-5; Juan 5:26-29; 2 Tim 4:1. ^[427] Apoc 19:11-16. ^[428] Fil 2:9-11. ^[429] Hech 1:9-11; 1 Tes 4:16. ^[430] Luc 24:39-43; Hech 1:11; Fil 3:20-21. ^[431] Mar 14:61-62; Mat 24:26-27; Apoc 1:7. ^[432] Tito 2:13. ^[433] Juan 5:28-29; Hech 24:15; 2 Cor 5:2-4. ^[434] 1 Cor 15:51-52; 1 Tes 4:15-17. Rom 8:23-24; 1 Cor 15:42-49,53; Fil 3:21; 1 Jn 3:2. ^[436] 1 Cor 15:49-53; 1 Tes 4:15-17. ^[437] 1 Cor 15:49.

El juicio y la consumación

13.3. En el día final, todas las personas comparecerán delante de Cristo, quien es el juez de todos^[438]. Aquellos que suprimieron la verdad de Dios en injusticia y no obedecieron al evangelio de Cristo^[439] sufrirán la justa ira de Dios^[440] y serán justamente lanzados al infierno de fuego con el diablo y sus ángeles^[441]. Allí ellos experimentarán un castigo eterno y consciente conforme a sus pecados^[442]. Aquellos salvados por Cristo, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida, serán bienvenidos al gozo de su Señor y recompensados ricamente por toda buena obra hecha en su nombre^[443]. El pueblo glorificado de Dios heredará el reino^[444] del cual serán excluidos todo pecado, dolor, sufrimiento y muerte^[445]. Cristo como rey liberará a toda la creación de su esclavitud a la corrupción^[446], hará nuevos los cielos y la tierra^[447] y establecerá su gobierno eterno en su reino consumado^[448]. Rodeados de belleza inimaginable^[449], disfrutaremos una comunión libre de estorbos con nuestro Dios trino^[450], contemplándolo, sirviéndolo, adorándolo y reinando con Él por siempre y para siempre^[451]. Amén. ¡Ven, Señor Jesús!

^[438] Mat 25:31-32; Hech 17:30-31; Rom 14; 12; 2 Cor 5:10; 2 Tim 4:1; Apoc 20:11-15. ^[439] Rom 1:18-21; 2 Tes 1:8. ^[440] Juan 3:36; Rom 2:5; Ef 5:6; Apoc 14:10,19; 19:15; 20:10. ^[441] Mat 5:22; 13:49-50; 25:41-46; Mar 9:43-48. ^[442] Luc 12:47-48; Apoc 14:9-11; 20:10-13; 21:8. ^[443] Mat 10:42; 25:21-23,31-40; 1 Cor 3:12-15; 4:5; Apoc 20:12. ^[444] Mat 25:34; Ef 1:13-14; 1 Ped 1:3-5. ^[445] Apoc 21:4,27. ^[446] Rom 8:20-22. ^[447] Isa 65:17; 2 Ped 3:13; Apoc 21:1,5. ^[448] Mat 25:31; 1 Cor 15:24; Apoc 22:1-3. ^[449] 1 Cor 2:9; Apoc 21:9-13; 22:1-5. ^[450] Sal 16:11; Mat 25:35; Ef 2:6-7; Apoc 21:3. ^[451] 1 Jn 3:2; 1 Tes 4:17; 2 Tim 2:12; Apoc 3:21; 22:3-5.

14. AFIRMACIONES FINALES

14.1. Como iglesia local nos dirigimos conforme a la voluntad de Dios en cuatro pilares fundamentales de los cuales se desprende la visión y misión ministerial de nuestro cuerpo local: predicamos^[452], cantamos^[453], vivimos^[454] y anunciamos^[455] el evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Los miembros del cuerpo local procuramos vigilar que, de la mano de Dios, caminemos conforme a estos pilares en los que creemos de manera profunda, los cuales se encuentran en la Escritura.

^[452] 1 Cor 1:21 ^[453] Ef 5:19 ^[454] Rom 15:14; Efe 4:25; 32; Col 3:13 ^[455] Mat 26:13

14.2. La interpretación de las Escrituras que afirmamos es la del método gramático-histórico que nos permite ser fieles al texto de la Biblia objeto de estudio el cual lleva a que la iglesia pueda entender lo que el autor original de cada libro quiso decir a la audiencia original y por lo tanto poder aplicarlo para nosotros el día de hoy.

14.3. Creemos que la Palabra de Dios predicada públicamente o en privado es lo que los creyentes necesitan para su crecimiento espiritual y por lo tanto procuramos que sea la Palabra de Dios la que informe las mentes y llene los corazones de los creyentes.

14.4. Nos afirmamos en el Nuevo Pacto en Cristo que fue inaugurado la noche en que fue entregado nuestro Señor y, por consiguiente, toda la interpretación que hacemos es a la luz del Nuevo Pacto que tenemos en Cristo.

14.5. De acuerdo con lo anterior, afirmamos que el Antiguo Pacto -la ley de Moisés- está obsoleto como lo afirman las Escrituras y por ello interpretamos la Palabra de Dios a la luz del Nuevo Pacto que es el que está vigente hoy para los creyentes.

14.6. Esto conlleva a implicaciones en la vida de los hijos de Dios de manera práctica y a aplicar las verdades del evangelio para poder dar respuesta a cada área de la vida de los creyentes. Así mismo, conlleva a afirmar verdades escatológicas -los últimos tiempos- que pueden ser más eficaces y consistentes con la teología bíblica que aplicamos a la vida de la iglesia y que, por lo tanto, nos aleja de las escuelas escatológicas como lo son el dispensacionalismo y el posmilenialismo.

14.7. Todo lo anterior no nos debe conducir a la arrogancia teológica sino más bien, al estudio minucioso de las Escrituras en estos campos, que si bien secundarios, no dejan de ser importantes para la vida del creyente y de la iglesia en general y generar convicciones bíblicas que nos acerquen a la verdad expuesta en la Palabra de Dios.